

Esta fué la paimera colonia, la madre fecunda de tantas otras en Nueva-España. Se le contemplaba con placer por los indios, que bajo su sombra esperaban alcanzar descanso y amparo. ¡Ah! ellos no podian leer el porvenir; que entonces, no se habrian complacido en ver aquel precursor de una revolucion mas tremenda que cuantas les habian predicho sus bardos y profetas! ¡No era el buen Quetzalcoatl quien debia volver á recobrar su patria, trayendo por compañeros la paz, la libertad y la civilizacion! ¡Verdad es que sus cadenas iban á ser quebrantadas y sus agravios vengados con usura sobre los soberbios aztecas; pero lo iban á ser por aquel brazo terrible que debia arrasarse igualmente al opresor y al oprimido! ¡La luz de la civilizacion iba á inundar aquel suelo; mas aquella luz era tambien un fuego abrasador, que debia palidecer y extinguir el brillo de su gloria guerrera, de sus instituciones y de su nombre! ¡La sentencia de muerte de la nacion habia sido sellada por la mano del blanco al asentar la planta en aquel suelo!

do, Hist. general de las Ind., lib. 33, cap. 1. Declaracion de Montejó, MS. No obstante las ventajas de su situacion, á poco de la conquista abandonaron los españoles la Villa Rica y se fueron á un lugar que está hácia el Sur, no lejos de la desembocadura del rio de la Antigua. Este segundo establecimiento era conocido con el nombre de «Veraacruz la vieja.» A poco tiempo, en el siglo XVII, dejaron tambien este lugar, por el llamado hoy «Veraacruz la nueva.» (Humboldt, Essai politique, tom. II, pág. 210.)

CAPITULO VIII.

Otra embajada azteca. — Destruccion de los ídolos. — Relacion mandada á España. — Conspiracion en el campamento. — Destruccion de la flota.

(1519.)

Cuando mas ocupados estaban los españoles en la fundacion de la ciudad, llegó otra embajada del monarca azteca. La noticia de la prision de los colectores de las contribuciones, habia cundido rápidamente por todo el país, y cuando llegó á la capital todos quedaron asombrados de la imprevista osadía de los extranjeros. Moteuczoma olvidó todos sus otros sentimientos, aun el del miedo y se entregó á la mas viva indignacion; desplegando toda su acostumbrada energía en los vigorosos preparativos que hizo al punto para castigar á sus vasallos rebel-

des, y para vengar su ultrajada majestad. Mas luego que los magistrados aztecas puestos en libertad por órden de Cortés, llegaron á México y refirieron el comedido tratamiento que habian recibido de Cortés, se mitigó la ira de Moteuczoma y comenzaron á cobrar nuevo ascendiente sus temores supersticiosos; por lo que volvió á adoptar la misma tímida y conciliadora política que anteriormente. En consecuencia, mandó otra vez á los reales españoles una embajada formada de dos jóvenes sobrinos suyos y de otros cuatro antiguos nobles de su corte: llevaban un regalo régio digno de la munificencia de Moteuczoma, que se componia de oro, ricas estofas de algodón y hermosas capas de *plumaje*, ó bordados de pluma. Al presentarse los embajadores ante Cortés y al entregarle los regalos que traian, le dieron las gracias á nombre de su señor, por el servicio que le habia hecho al libertar á sus nobles prisioneros: dijéronle que le habia sorprendido y aflijido saber que los españoles habian cooperado á la rebelion de sus infieles vasallos; que no dudaba que aquellos extranjeros serian los mismos cuya llegada les habian anunciado hacia mucho tiempo los oráculos, y que debian ser del mismo linaje que los naturales de aquella tierra:¹ que por deferencia hacía los espa-

1 «Teniendo respeto á que tiene por cierto que somos lo que sus antepasados les habian dicho, que habia de venir á sus tierras é que debemos de ser de sus linajes.» Bernal Diaz Historia de la Conq., cap. 48.

ñoles no castigaba su soberano á los totonecas mientras aquellos estuviesen presentes; pero que el dia de la venganza tenia que llegar.

Cortés trató á los enviados indios, con cordial franqueza, procurando hacer tal ostentacion de su poder, que al mismo tiempo que les entretuviese, hiciese en su ánimo una impresion profunda: en seguida los despidió despues de hacerles algunos regalos insignificantes, y de darles un recado para su amo, á quien debian asegurarle que pronto tendria el placer de pagarle personalmente sus visitas, y de que quedasen allanadas las pequeñas desavenencias que existian entre ambos.

Los aliados totonecas, apenas podian creer lo que estaban palpando, al saber lo que habia pasado en esta entrevista. No obstante la presencia de los españoles, estaban llenos de temores por la conducta osada que habian tenido antes; y su admiracion se trocó en miedo al ver la influencia misteriosa que á tanta distancia ejercian los nuevos huéspedes sobre el indómito Moteuczoma.¹

A poco de esto, recibieron una súplica del cacique de Zempoalla, para que le ayudasen en una contienda que habia trabado con otro de las cercanías. Cortés acudió luego en socorro del primero, con una parte de las tropas. En el camino se robó un tal

1 Gomara, Crónica, cap. 37. Ixtlilxochitl, Hist. Chich., MS., cap. 82.

Morla, simple soldado raso, un par de aves: indignado Cortés de que se quebrantasen sus órdenes expresas, y conociendo por otra parte lo importante que era conservar entre sus aliados, reputacion de buena fé, mandó que ahorcasen al soldado á orillas del camino, en presencia de todo el ejército. Por fortuna de aquel desgraciado, estaba presente el futuro conquistador de Quiché, Pedro de Alvarado, quien se atrevió á cortar la soga, antes de que el soldado hubiese muerto. Probablemente juzgaria su libertador que lo hecho bastaba para servir de ejemplo, y que no se necesitaba perder la vida de un hombre, mas siendo ellos tan pocos. Este suceso es notable porque prueba la rigurosa disciplina que guardaba Cortés, y las sólitas que se tomaban sus capitanes, quienes seguramente le veian casi como á igual y compañero; pero semejante espíritu de igualdad produjo la insubordinacion, y puso al caudillo en la situacion mas difícil y comprometida.

Ya al llegar á la ciudad enemiga, pero á algunas leguas de la costa, recibieron á Cortés amistosamente; y éste, que venia acompañado de sus aliados, tuvo la satisfaccion de reconciliar sin efusion de sangre, á los miembros disidentes de la familia totoneca. Entonces se volvió á Zempoalla, donde el pueblo le recibió con muestras de regocijo, pues ahora tenia de su moderacion y justicia la misma idea que antes se habia formado de su valor. En homenaje

de su agradecimiento le regalaron ocho mancebas, ricamente vestidas con collares y otros adornos de oro, y con algunas esclavas para que les sirviesen. Eran hijas de los nobles principales, y el cacique instaba á los capitanes españoles para que las tomasen por mujeres. Cortés las trató galantemente; pero dijo al cacique que era preciso bautizarlas, pues á los hijos de la Iglesia no era lícito tener comercio con idólatras.¹ Declaróles públicamente que el grande objeto de su mision era arrancar á los indios de su abominable paganismo, y pidió al señor totoneca que derribase sus ídolos y en su lugar pusiese los símbolos de la verdadera fé.

A esto replicó el otro, lo que la primera vez: que harto bueno eran aquellos dioses para ellos, y ni las persuasiones del general, ni las predicaciones del padre Olmedo fueron partes á disuadirle. El politeismo de aquellas gentes estaba mezclado con algunas naciones acerca de la existencia de un Sér Supremo é Infinito, Criador y Señor del Universo; por manera que no acertaba á comprender cómo podia este Sér haber venido en revestir la forma humana con todas sus imperfecciones y miserias, y en bajar á la tierra á ser víctima voluntaria de los mismos á

¹ «De buena gana recibieran las doncellas como fuesen cristianas, porque de otra manera no era permitido á los hombres é hijos de la Iglesia de Dios, tener comercio con idólatras» Herrera, Hist. general, Dec. 2, lib. 5, cap. 13.

quienes su aliento habia sacado de la nada.¹ El cacique dijo, pues, terminantemente á los españoles, que resistiria á cualquiera violencia ó ultraje contra sus dioses, los cuales los vengarian al instante, destruyendo y aniquilando á sus enemigos. Mas el zelo de los cristianos estaba demasiado encendido para que pudiesen entibiarse las réplicas ó las amenazas. Durante su residencia en la tierra, habian ya presenciado mas de una vez, los bárbaros ritos de los indios, sus crueles sacrificios de víctimas humanas, y sus asquerosos banquetes propios de caníbales.² Su alma se habia horrorizado de aquellos execrables espectáculos, así es que todos á una voz convinieron con su general cuando éste les dijo: "que el cielo no les ayudaria en su empresa si permitian tamañas atrocidades, y que por la parte que á él le tocaba, estaba resuelto á demoler al punto mismo los ídolos de los indios, aun cuando hubiese de costarle la vida."

Diferir por mas tiempo la obra de la conversion,

1 Ibidem, ubi supra. Las-Casas, Hist. de las Ind. lib. 3, cap. 122.

Herrera ha puesto con este motivo una arenga tan edificante en boca de Cortés, que mas le asemeja á un misionero que á un soldado. ¿No será que le ha confundido con el padre Olmedo?

2 Dice la Carta de Veracruz «esto hemos visto algunos de nosotros, y los que lo han visto dicen que es la mas terrible y la mas espantosa cosa de ver, que jamás han visto.» Aun se expresa mas enérgicamente Bernal Diaz (cap. 15.) La Carta de Veracruz calcula que se sacrificaban anualmente en cada uno de estos teocallis, á cincuenta ó sesenta víctimas, por manera que en todo el país recorrido hasta entonces por los españoles, perecian de tres á cuatro mil víctimas. Por muy exagerado que sea este cálculo, el número es espantoso.

era gran pecado; por lo que en aquel momento de entusiasmo desoyeron los consejos de la prudencia y los preceptos de la política. Casi sin esperar las órdenes del general, se dirigieron los españoles á uno de los principales teocallis ó templos, que se elevaban en forma de pirámide, con una escalera de varias gradas en medio por donde se subia á la cumbre. El cacique, que adivinó su intento, llamó á las armas á todas sus tropas: los guerreros indios acudieron de todas partes dando agudos gritos y haciendo gran ruido con sus armas: los sacerdotes, envueltos en sus negras túnicas de algodón, con sus largas cabelleras sueltas y manchadas con sangre, cayendo desordenadamente sobre sus espaldas, vagaban como unos frenéticos entre los soldados y les exhortaban á que libertasen á sus deidades de la violacion que se queria inferirles. ¡Todo era ahora confusion, tumulto, hostilidad, cuando hacia un instante todo era paz y confraternidad!

Cortés tomó luego prontas y violentas medidas que acostumbraba: mandó á sus soldados que aprehendiesen al cacique y á algunos de los señores sacerdotes: previno á estos que aquietasen al pueblo, so pena de pagar con su vida, una sola flecha disparada contra los españoles: al mismo tiempo les hizo presente Marina, que resistir era locura, y les recordó que si se malquistaban con los españoles, se verian despues expuestos sin defensa alguna á la

terrible venganza de Moteuczoma. Parece que estas consideraciones, meramente temporales, fueron de mas peso en el ánimo del cacique, que otras de un orden espiritual; así es que, cubriéndose el rostro con las manos, exclamó que los dioses cuidarian por sí de vengar sus agravios.

Los cristianos no fueron tardos en aprovecharse de aquella aquiescencia tácita: á una señal del general se precipitaron cincuenta soldados á la escalera mayor del templo, entraron en el recinto de éste, cuyas paredes estaban ennegrecidas de sangre humana, arrancaron los enormes ídolos de su asiento y los arrojaron al átrio del edificio. Las formas fantásticas de aquellas imágenes tenían un significado simbólico que no conocian los españoles, á cuyos ojos aparecian como retratos de Satanás: echaron á rodar aquellos mónstruos por las gradas del templo, en medio de las aclamaciones de júbilo de sus compañeros, y de las quejas y lamentos de los indios, y consumaron despues aquel acto incendiando los ídolos en presencia de una multitud de espectadores que se habian congregado.

Sucedió aquí lo que en Cozumel: que los totonecas al ver que sus deidades no tenían poder bastante á impedir ni á vengar la profanacion de sus aras, comenzaron á no tener fé en aquellos, comparados con los de los formidables y misteriosos extranjeros. De orden de Cortés limpiaron el techo y las paredes

de los teocallis de sus inmundas manchas: los albañiles indios lo cubrieron todo de una sólida torta de estuco; y se erigió un altar donde se colocó una elevada cruz, adornada con guirnaldas de flores. Inmediatamente se formó una procesion, á que concurrieron algunos de los sacerdotes totonecas, que habian trocado sus negras vestiduras por otras blancas, y que llevaban en la mano antorchas encendidas: la imagen de la Virgen, agobiada bajo el peso de las flores, fué colocada en el altar luego que acabó de subir la procesion por la escalera del templo. En seguida celebró la misa el padre Olmedo; y ya fuese lo imponente de la ceremonia, ya la persuasiva elocuencia del ministro, todo aquel heterogéneo auditorio, indios y españoles, prorrumpieron (si hemos de creer al cronista) en lágrimas y sollozos. El misionero protestante alumbra el oscurecido espíritu de su catecúmeno con la pálida luz de la razon; mientras que el misionero católico subyuga el ánimo con el tierno y terrible espectáculo de un Redentor agonizante, y levanta en el corazón de sus oyentes un torbellino de pasiones mas poderosas que todas las reflexiones. Domina los afectos de su catecúmeno, y esta es una influencia mas fácil y mas poderosa que la de la razon, cuando se ejerce sobre salvajes.

Un soldado viejo, llamado Juan Torres, imposibilitado corporalmente, consintió en quedarse custo-

diando el santuario, y en instruir á los indios en las ceremonias del cristianismo. Cortés, despues de todo esto, abrazó á sus aliados los totonecas, que ya eran sus hermanos no solo en armas sino tambien en religion; y volvió á partir para Villa Rica, donde tenia todavía que arreglar algunas cosas antes de emprender su marcha para la capital.¹

Se quedó asombrado al saber que durante su ausencia habia llegado un navío español, con doce hombres y dos caballos. El comandante era un tal Saucedo, uno de esos aventureros marítimos, que habia venido tras de Cortés, en busca como él, de peligros y hazañas. Aquel refuerzo de reclutas, aunque pequeño, habia llegado á tiempo. Por ellos supieron los españoles que el gobernador Velazquez habia recibido de España el permiso de establecer una colonia en las tierras nuevamente descubiertas.

Entonces resolvió Cortés ejecutar un plan que meditaba hacia largo tiempo: conociendo que todo lo que acababa de hacer en la colonia venia por tierra si no alcanzaba la sancion real, y conociendo tambien que el interés de Velazquez, persona de grande influjo en la córte, seria contrariarle y perseguirle luego que supiese su escision, resolvió ganarle por la mano y despachar un buque á España,

¹ Las-Casas, op. cit. lib. 3, cap. 122. Bernal Diaz, Hist. de la Conq., caps. 51, 52. Gomara, Crónica, cap. 49. Herrera, op. cit., Dec. 2, lib. 5, caps. 13, 14. Ixtlilxochitl, Hist. Chich. MS., c. 83.

con una relacion dirigida al emperador, en que se le dijese lo extenso é importante de los recientes descubrimientos, y se procurase obtener, si esto era posible, la ratificacion de todo lo que se habia hecho. Para mejor ganarse el beneplácito del soberano, pensó que seria conveniente enviarle un riquísimo regalo, que le hiciese conocer cuán importantes eran los servicios que acababa de prestar á la corona. Calculando que no era bastante el quinto del rey, habló con sus capitanes y les persuadió á que dejasen la parte que les tocaba: igual manifestacion hizo á los soldados, haciendo valer que su general habia sacrificado de buena voluntad el quinto que le pertenecia, y que era nada menos que igual al quinto del rey mismo. Lo que cada soldado de por sí podia dar, era poco; mas lo que entre todos juntarian formaba un regalo digno del monarca á quien se destinaba. Con aquel desprendimiento podian esperar fundadamente que el rey aprobaria su conducta pasada y les favoreceria en lo futuro; además de que aquel sacrificio del momento seria en breve superabundantemente recompensado con las riquezas que les esperaban en México. Se circuló entre los soldados un papel para que lo firmasen todos los que quisiesen donar su parte; debiéndose entregar á cada uno lo que le correspondiese, siempre que no se prestase á lo primero. Nadie se rehusó á firmar; ¡nueva prueba del dominio extraordinario que llegó

á ejercer Cortés sobre aquellos hombres rapaces, que á una palabra suya entregaban aquellos verdaderos tesoros, primer objeto de su azarosa empresa!¹

A este regalo adjuntó una carta al emperador, en que daba una relacion completa de cuanto le habia acontecido desde su salida de Cuba: de sus varios descubrimientos, batallas y comercio con los indios: de la conversion de estos al cristianismo: de los extraordinarios riesgos y peligros á que se habia visto

¹ Bernal Diaz, op. cit., cap. 53. Ixtlilxochitl, Hist. Chich. MS., cap. 82. Carta de Veracruz, MS.

En la Carta de Veracruz hay un inventario completo de todas las cosas mandadas por Moteuczoma.

Las siguientes son solamente algunas de ellas:

Dos collares de oro y piedras preciosas.

Cien onzas de oro puro para que vieran sus altezas el estado en que se sacaba de las minas este metal.

Dos pájaros de plumaje verde, con patas, picos y ojos de oro.

Una gran cabeza de serpiente, de oro.

Otro pájaro de plumaje verde, con las patas, el pico y los ojos de oro.

Otros dos pájaros de hilo y plumas, con las plumas de las alas y de la cola, las patas, ojos y extremos de los picos, de oro: ambos están descansando en dos cañas cubiertas de oro, que nacen de unas bolas de pluma bordadas de oro, una de ellas blanca y la otra amarilla; pendiendo de cada una siete borlas de plumaje.

Una gran rueda de plata del peso de cuarenta márcos; y otras muchas mas pequeñas del mismo metal.

Una caja de cuero bordada de plumas, con una gran lámina de oro, de setenta onzas de peso en la parte media.

Dos piezas de estofas tegidas con pluma: otra de colores muy variados, y otra con figuras blancas y negras.

Una gran rueda de oro con figuras de animales raros, y bordada con penachos de hojas; del peso de tres mil ochocientas onzas.

Un abanico de variadas plumas, con treinta y siete varillas cubiertas de oro.

expuesto: algunos pormenores acerca de las tierras que habia rocorrido; y todo cuanto hasta allí habia podido averiguar sobre la gran monarquía mexicana. Le hablaba de sus altercados con Velazquez, de la conducta del ejército con respecto á la colonizacion; y concluia suplicando al emperador, se dignase confirmar sus actos y ratificar su autoridad, asegurándole con plena confianza, que no le faltarian fuerzas, ayudado de sus animosos compañeros, para hacer á la corona de Castilla, dueña y señora de aquel grande imperio indio.¹

Tal era el contenido de la famosa *Carta primera de Cortés al Emperador Carlos V*, que hasta aquí ha sido en vano buscar en las librerías de Europa.² Que tal carta existió, lo prueban indudablemente, tanto

¹ Cinco abanicos idem, cuatro de ellos con diez y el otro con quince varillas envueltas en oro.

² Diez y seis escudos de piedras preciosas con plumas de muchos colores, pendientes de su orla.

Dos piezas de algodón finísimo, con bordados negros y blancos.

Seis escudos, cada uno de ellos cubierto de una lámina de oro, y con una cosa en el centro algo parecida á una mitra.

¹ «Una muy larga carta,» dice Gomara en el libre análisis que hace de ella en el cap. 40 de su Crónica.

² El Dr. Robertson asegura que con este motivo fué registrada la librería imperial de Viena. (Hist. de América, vol. II, nota 70.) No he sido yo mas afortunado en las pesquisas que he hecho en el Museo Británico, en la Real Librería de Paris y en la de la Academia de Historia en Madrid. Esta última es un gran repertorio de documentos relativos á la historia de las colonias; pero un examen escrupulosísimo de ella, me ha hecho conocer que la carta de que se trata falta en la coleccion. Como el emperador la recibió en la noche de su embarco para Alemania, y la Carta de Veracruz partió á este mismo tiempo, es probable que esté sepultada en Viena.